



El Viejo Leal

Por
Carlos Guillermo Domínguez

La voz de la mujer sonó estridente y amenazadora.
- Otra vez este sucio perro dentro de la casa manchándolo todo. ¡Fuera, fuera de aquí!. Leal se acurrucó junto al sillón a la vez que sus lacrimosos ojos miraban en muda súplica a su dueña. ¿Por qué no le dejaban estar allí, al calor de la chimenea?. En el patio hacía mucho frío. La nieve se metía por las mil grietas de la caseta y el viento arremolinaba la paja de su interior. De nuevo sonó la aguda voz femenina.
- ¡Oscar, Oscar!. Echa el perro al patio.
Se oyeron unos pasos.
El viejo perro trató de olfatear vanamente. Ya no era el de antes y únicamente conocía a las personas cuando estaban cerca, y esto sólo por las voces, pues su vista solamente percibía borrosas siluetas como la que ahora se le acercaba... Una patada y la abierta puerta, por la que entró una ráfaga de aire helado, indicaron bien a las claras a

Leal lo que debía hacer. Cansinamente trotó mientras a sus oídos llegaban las voces de sus dueños.
- Tienes que deshacerte de él, Oscar.
- Sí; mañana mismo. No da más que trabajo.
El eco del portazo y la más completa oscuridad acompañaron al viejo perro mientras cruzaba el patio hacia su caseta.
Tumbado en la paja se revolvió unos momentos gruñendo suavemente, ¿Por qué era todo aquello?. ¿Por qué sus músculos no eran los de antes y sus ojos habían perdido la agudeza de antaño?. Pero era en realidad lo único que había cambiado. El sentía igual cariño por sus dueños, los mismos deseos de echarse a sus pies y ser acariciado. Pero actualmente, en lugar de caricias, sólo recibía palos y patadas. ¿Por qué?.
Leal se acurrucó más entre la paja húmeda en un vano intento de hallar calor, mientras miraba con nostalgia la despor-

tillada escudilla que estaba a la puerta de la caseta, a través de la bruma acuosa que cubría sus ojos. Hacía mucho tiempo que no se llenaba de caliente sopa o apetitosos trozos de carne; en el presente sólo contenía nieve que parcialmente ocultaba las agujas de pino que allí se sabían ido acumulando. Mucho tiempo sí, que no le ponían nada para comer. Ahora tenía que ir al cajón de los desperdicios para buscar algo con que llenar el estómago si no quería morir de hambre. Llegaron risas de la casa y el viejo perro contrajo sus labios en algo que pudiera ser una sonrisa, dejando al descubierto sus encías huérfanas de dientes, aquellos dientes que le dieron fama entre los perros del contorno... Se acordaba de cuando el hijo del dueño era pequeño y se subía a su lomo, de cómo se escondía para que él le buscara... y le pareció que aquellas risas eran las mismas de entonces y sintió ganas de ladrar alegremente; pero sólo un lastimero quejido

salió de su garganta, un quejido que fué cortado por una autoritaria voz que salió de la casa.

- ¡Calla, Leal!

Y Leal, siempre obediente, guardó silencio.

A poco, en la destartalada caseta, sólo se oía el silbante respirar del viejo perro que soñaba que era joven otra vez y corría tras la caza, haciendo presa con los dientes del recuerdo en el imaginario gazapo del sueño, mientras el frío viento clavaba la realidad de sus colmillos en su atarido cuerpo.

El débil rayo de sol que se había entretenido en derretir la nieve de la desportillada escudilla convirtiéndola en sucio barro, entró curioso en la caseta de Leal, multiplicándose al penetrar por los agujeros y rendijas del techo. El viejo perro se levantó lentamente y salió a la busca diaria de algún desperdicio en el cajón de la basura.

Momentos después hociaba entre un montón de papeles, barreduras, recortes de tela y restos de comida. Pacienzudamente fue separando unas cosas y otras a la vez que, de cuando en cuando, tragaba con dificultad algún mendrugo de pan o lamía restos de grasa.

- Leal, ven aquí.

Leal alzó la cabeza y miró hacia donde sonaba la voz del amo. No la distinguía. Aquellas lágrimas

que continuamente bañaban sus ojos le impedían ver con claridad. Despacio caminó hacia el sonido de la voz y poco después vió al amo y a su hijo que le esperaban en mitad del patio.

¿Pero, qué era aquello que el más joven tenía en la mano?

- Toma, Leal, cógelo!

!Era carne!. Y se la daban.

¿Era posible?. Claro que sí, volvían a ocuparse de él como antes. Trató de demostrar su alegría con algunas cabriolas y lo único que consiguió fué dar tumbos. Luego quedó quieto moviendo el rabo. !Carne, era carne lo que le traían!

- Toma, come...

- ¿Le pusiste...?

- Sí, padre. Casi medió frasco

- Anda, dásela.

La carne cayó ante Leal que se lanzó sobre ella con ansia. Trató de comer pero sus mandíbulas se negaron a funcionar como él quería. La encías, limpias de dientes, no lograban hacer presa en el apetitoso trozo.

Sentándose sobre los cuartos traseros gimió suavemente, mirando a sus amos en súplica de perdón.

- Es inútil, padre. Ya ni comer puede.

- Dame el saco. Lo llevaré al río.

Poco después el amo, con un saco bajo el brazo, cruzaba el patio y abría la cancela.

- Aquí, Leal, aquí.

Leal saltó alegremente y por

un momento pareció el perro de antaño. !Le abrían la puerta!. !El amo le llevaba nuevamente con él!. Luego le temblaron las patas y cayó de lado. Pero pronto se incorporó y trotó junto a su dueño.

Cuando llegaron al río, Leal se echó junto a la orilla esperando. Ahora el amo cogería una rama y la tiraría al agua para que él la recuperase. Movié el rabo y lanzó un ronco ladrido para expresar su alegría.

Mientras, el hombre metía piedras dentro del saco.

- Ven aquí, Leal.

El perro se acercó sumiso.

- Entra. Vamos, pasa...

¿Qué era aquello? ¿Un nuevo juego?

- Vamos, entra.

La abierta boca del saco se le antojó a Leal una extraña caseta, pero una caseta tibia y cómoda, no como la que tenía. Lanzó una mirada a su dueño y se metió en el saco.

Luego todo fue obscuridad. Se sintió alzado, después un golpe y el frío del agua le llegó hasta los huesos. Quiso moverse y no pudo. Sentía una extraña angustia, como aquella vez que hubo fuego en la casa y sus ladridos pusieron sobre aviso a todos evitando una catástrofe. Sí, algo malo pasaba y tenía que ayudar a su amo, tenía que hacerlo. Trató vanamente de salir del saco, quiso ladrar y el agua al penetrarle en los pulmones, convirtieron su esfuerzo en un ahogado gorgoteo que se tradujo en burbujas que estallaron en la superficie. Estos fueron el último ladrido y el último pensamiento de Leal.



Tachy